

# HISTORIA DEL PENSAMIENTO

# HISTORIA DEL PENSAMIENTO

## **Volumen II Las ideas como creencias**

**La mente del Renacimiento**

**Reforma y Contrarreforma**

**La edad de la razón:  
la matemática como salvación**

**La Ilustración**

**Ediciones Orbis, S.A.**

## Diderot, el saber como conjetura



Museo del Louvre, París (Fot. Aisa)



Enciclopedia de la Enciclopedia, Enciclopedia (Fot. Aisa)

### Entre la danza y la esgrima

Un estudioso de Diderot ha dicho que su filosofía «aparece algunas veces como una danza, más frecuentemente como una esgrima». Con ello pretendía resaltar su carácter fluido, su imprevisibilidad, al tiempo que su contenido espontáneo, instintivo, creador y siempre abierto al movimiento del compañero o del enemigo. El pensamiento de Diderot tiene mucho de danza y de esgrima; pero danza y esgrima de profesional, de quien no sólo baila y lucha, sino que sabe que baila y que lucha; más aún, de quien sabe que ha de hacer necesariamente una danza y un combate de la práctica filosófica e incluso de la vida.

A la izquierda, Diderot en un retrato de Van Loo (1767). A la derecha, el frontispicio de la enciclopedia por antonomasia, que él concibió, impulsó, dirigió y de la que fue principal redactor. En él se ve a la diosa Razón sobrevolando el templo de las ciencias, las artes y los oficios, en una alegoría clara de los objetivos de esta ingente obra, formada por 17 volúmenes de texto, 11 de planchas, 2 de tablas y 5 de suplementos.

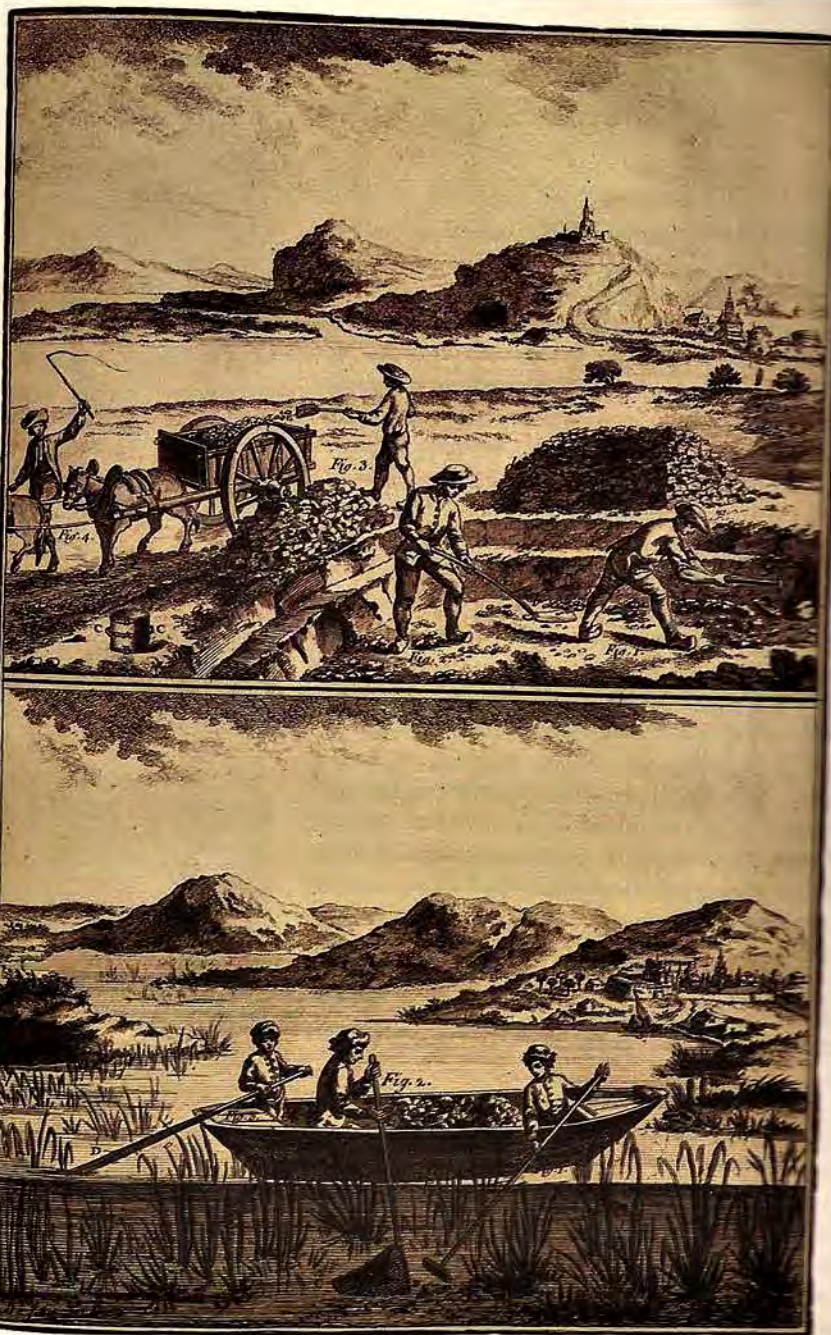
Diderot había aprendido que a un mundo que se presenta a los ojos de los hombres como una inmensa potencia creadora, infinita e inagotable, le corresponde un pensamiento ágil, en constante desplazamiento, que actúe como jugando a cazar unas sombras; y que a una vida regida por las pasiones necesariamente confrontadas le corresponde una razón hábil, que ataca y se defiende, que no afirma posición alguna, sino que se mueve buscando siempre la posición de máximo equilibrio y seguridad. Como él mismo dirá en su *Entretien avec D'Alembert*, «nuestras verdaderas opiniones no son nunca aquellas de las que nunca hemos vacilado, sino aquellas a las que más habitualmente hemos vuelto».

## UN EDITOR PROFESIONAL

*Diderot ha sido visto con frecuencia como un diletante, como una cabeza incapaz de orden y de síntesis, como un pensamiento débil que no profundiza ni sistematiza. Se ha olvidado que Diderot es un nuevo tipo de intelectual que ejerce su profesión en unas condiciones desconocidas hasta entonces para los filósofos [véase texto n.º 1]. Es un intelectual asalariado, que vende sus cualificaciones a auténticas empresas editoriales, sea para traducir obras inglesas, sea para producir y editar enciclopedias. Ha rehusado a cualquier canonjía, mecenazgo o secretaría privada para someterse a unos vínculos contractuales que lo liberan de ponerse al servicio de nadie: vende su cualificación, pero no sus ideas; su trabajo, pero no su alma. Es un auténtico profesional de la edición, de la dirección editorial, tal vez el primero en el sentido moderno de estos términos.*

## Obras para un público ilustrado escritas por un filósofo insatisfecho

*Sin embargo, esto le somete a una tarea diaria dura y compleja. Dirigir l'Encyclopédie, coordinar a decenas de científicos, gramáticos, moralistas, historiadores y otros muchos especialistas, redactar no sólo los artículos de temas conocidos, sino cuanto era necesario, aunque hubiera que recurrir precipitadamente a los libros para vaciarlos..., todo ello deja poco tiempo para escribir gruesos tratados sistemáticos, concebidos sin prisas en el despacho y pensando como lectores potenciales a un par de docenas de protectores o colegas. Las piezas de Diderot, literarias o filosóficas, están hechas en los huecos de esa actividad diaria, con prisas, como si necesitara dar salida a una reflexión, a una idea aparecida sobre la marcha en su trabajo intelectual sin disponer de tiempo. Y no están dirigidas a sesudos especialistas jueces y censores de cuantos intervienen en su área, sino a ese público ilustrado amante de las ideas nuevas, de la lectura y, sobre todo, del diálogo. Son piezas para servir de base a una tertulia, para invitar y forzar a pensar y tomar posición, hechas muchas veces con ánimo provocador y siempre con pretensiones dialogantes.*



Biblioteca de la Universidad, Barcelona (Fot. Aisa)

Arriba, lámina de la Enciclopedia sobre extracción de mineral. Esta gran obra destaca por la atención prestada a la ilustración (111 volúmenes de láminas!) y a los oficios y «artes mecánicas»: se dedica mucho más espacio a las ciencias humanas que a las divinas, a la técnica y la artesanía que a la teología.

Todo ello, incluso el usar géneros insólitos en la práctica de la filosofía, como novelas o dramas, así como el carácter coloquial de la actividad filosófica, ayuda a comprender ciertos rasgos del pensamiento de Diderot. No obstante, creemos que esa fluidez del mismo, la aparente discontinuidad, la falta de posición fija y de sistematización, no son sólo un efecto de determinaciones sociohistóricas: en él son una actitud consciente. Diderot ha hecho de la insatisfacción la posición genuinamente filosófica.

### TOMAS DE POSICIÓN DE UN FILÓSOFO

Ahora bien, un pensamiento así es muy difícil de resumir sin ser traicionado. No hay una filosofía de Diderot expuesta, afirmada; hay tomas de posición de Diderot ante diversos temas, ante tesis de otros filósofos, ante problemas suscitados por la religión, la ciencia o la política; pero son tomas de posición siempre forzadas, como en la esgrima o la danza, por la posición del otro. A partir de ese mosaico de posiciones no puede abstraerse ninguna pretendida esencia común, ninguna idea constante: su filosofía es el paso de una a otra, el conjunto que, como en la danza, es el que tiene armonía y belleza. Por tanto, sólo nos caben dos salidas: o describir sus movimientos, cosa que excede en mucho nuestros límites, dada la extensión y variedad de su obra escrita, o hablar de la actitud del autor, como se habla de las características o del arte de tal o cual bailarina. Porque, eso sí, incluso en la danza y la esgrima, aunque mucho cuente la inspiración del momento, los participantes tienen su manera de ser.

### El escepticismo, profilaxis frente al fanatismo

Diderot había recibido escasa formación filosófica, pero ello no era muy importante para el tipo de filósofo dominante en su época: aprendió a filosofar acuciado por la vida real, llegó a la filosofía con el deseo de intervenir en el presente. Su primera publicación, anónima, los *Pensamientos filosóficos* (1746), fue condenada al fuego. En ella, Diderot confrontaba posiciones (religiones reveladas, deístas, escépticos...) y se situaba en posiciones deístas, aunque con una marcada tendencia hacia el escepticismo. En la misma dirección va su obra *Paseo del escéptico*, que no llegaría a ser publicada hasta 1831.

Los *Pensamientos filosóficos* reflejan ya un rasgo de su actitud filosófica que él mismo definía en una carta a Landois: «Siento igual repugnancia a razonar mal que a hacer mal.» Frente al fanatismo, la intolerancia, la pasión elevada a criterio, Diderot ofrece un racionalismo de corte escéptico que pueda servir de profilaxis: «Se corre



Museo de Capodimonte, Nápoles (Fot. Scala-Aless)

tanto riesgo en creer demasiado como en creer demasiado poco. No hay ni más ni menos peligro en ser politeísta que en ser ateo; pero el escepticismo, y sólo él, es garantía, en cualquier tiempo y lugar, contra estos dos excesos opuestos.»

En los *Pensamientos* se trata sólo de escepticismo religioso; pero, a medida que Diderot vaya documentándose en las ciencias de la naturaleza a lo largo de la dirección de la *Enciclopedia*, irá extendiéndolo a los demás campos. Recordemos que él, que en estos años comentaba la *Apología de Sócrates* (símbolo de quien acepta la muerte por respeto a la ley y su valor), acabará en 1782, dos años antes de su muerte, publicando el *Ensayo sobre el reinado de Claudio y Nerón*, ampliación de su *Ensayo sobre Séneca* (símbolo éste de quien sabe hacer compatible la virtud personal con un silencio cómplice ante el poder).

Arriba, la obra de Bruegel el Viejo *Parábola de los ciegos*, que ilustra la idea de que si un ciego guía a otro ciego... La *Carta sobre los ciegos* (1749) le valió a Diderot el ser encarcelado durante un mes en la prisión de Vincennes y el ser sometido luego a residencia vigilada. Cuando un ministro anglicano habla con el célebre matemático Saunderson, ciego de nacimiento, sobre las maravillas de la naturaleza como prueba de que Dios existe, el ciego le para los pies rechazando un espectáculo que a él le



ha sido negado. «Si ello os asombra —le dice—, tal vez sea debido a que vos estáis acostumbrado a considerar como un prodigio todo lo que os parece superior a vuestras fuerzas.» Cuando no comprendemos una cosa, decimos en seguida: esto es obra de un Dios. Lo más honrado sería reconocer que no sabemos explicarlo. Metiendo ahí a un Dios creamos un problema mayor: es como el hindú que dice que el mundo es llevado a lomos de un elefante, y el elefante sobre una tortuga. «Y a la tortuga, ¿qué la sostendrá?...»

### Los ciegos no ven a Dios

Si la ortodoxia religiosa podía ser tolerante con el deísmo, siempre que se mantuviera en los círculos filosóficos y no se divulgara entre el pueblo, la Carta sobre los ciegos (1749) no lo fue y Diderot se vio en la prisión de Vincennes. Diderot se impone como condición para creer en una idea el que ésta resista las pruebas de la experiencia y de la coherencia, aceptándola sólo en tanto que las resiste (falsacionismo que Popper ha divulgado), y por ello renuncia definitivamente al deísmo [texto n.º 2]. Pues si éste toma toda su fuerza de la “evidencia” del orden del universo, Diderot ha descubierto una experiencia en contra: los ciegos no perciben ese orden. La rica reflexión que Diderot abre le permite imaginar un sentido del universo sin Dios: los ciegos se representan un

mundo ordenado a partir de cuatro sentidos; nosotros, de cinco; más que un orden puesto por Dios, hay diversos órdenes puestos por los hombres. El hombre, pues, no necesita a Dios para explicar el orden del mundo: él pone el orden. El hombre no necesita a Dios para que sea posible la conducta ética: el ateo puede ser virtuoso.

Pero, claro está, así se deslizaba Diderot hacia un problema difícil de reflexionar en su época. Se deslizaba hacia las posiciones que teorizaría Kant de un mundo en sí, no percible por el hombre, y un mundo representación, producido, al menos en su forma, en su orden, por el propio sujeto. Posiciones difíciles en una época en la que la ciencia de la naturaleza, con su potente desarrollo, parecía disolver cualquier duda respecto a su poder para representar el mundo real.

### Luchar por la verdad, pero con tiento

El encarcelamiento de Diderot a partir de la publicación de la Carta sobre los ciegos supuso un cambio importante en su actitud. Decidido a llevar adelante su lucha por la libertad de pensamiento y por el avance de las ideas, aprendió que en tal lucha lo importante era la victoria, no la declamación. Aprendió, en fin, que no era sólo una lucha filosófica de la verdad contra el error, sino que se trataba de una lucha política, que exigía una estrategia, discreción, camuflajes, sobornos y un complejo comercio entre los poderes.

De 1750 a 1765, Diderot se dedica a hacer posible el proyecto literario más ambicioso hasta entonces conocido: la Enciclopedia. Luchando contra la censura, contra las recensiones de permisos, contra las deserciones internas...; apoyándose en las contradicciones ideológicas y políticas de la clase dirigente, disimulando y coaccionando a tiempo, Diderot logró acabar la obra. Con ello triunfaba la nueva filosofía, pues los saberes, las ideas y el orden de aquella racionalidad habían salido de la luz: su expansión era ya cosa del tiempo. Y durante esos años —que él compaginaba asesorando a D'Holbach en su intensa actividad de edición de textos clandestinos de los librepensadores— Diderot, en contacto con la obra científica de su tiempo, modeló definitivamente su posición filosófica.

**Un materialismo flexible en el marco de hipótesis**

Un importante tema filosófico de la época era el de compaginar una concepción materialista y mecanicista de la naturaleza, como espontáneamente suponían las ciencias, con un idealismo del sujeto libre y moral, capaz de optar voluntariamente y de decidir sobre su destino y el de la sociedad. Era un tema que, junto al de la continuidad entre materia inerte y materia viva, apasionaba a los filósofos en cuanto que, además de estar en juego el desarrollo de las ciencias, se ponían a debate importantes temas religiosos implicados. Las distintas obras de Diderot sobre el tema (Sueño de D'Alembert, Coloquio de D'Alembert y Diderot, Sobre la interpretación de la naturaleza, Jacques el fatalista, Refutación de Helvétius, etc.) reflejan el movimiento de su pensamiento: pasa de un materialismo de corte epicureísta, explicando todo, incluso la vida, por combinatoria de átomos en movimiento [texto n.º 3], a un materialismo flexible, de corte biológico, encuadrado en perspectiva evolucionista y con la hipótesis de la sensibilidad universal de la materia [texto n.º 4].

Como hemos dicho, es una posición fluida, conscientemente no fijada. Ahora bien, en todas estas obras Diderot deja ver su actitud, que podemos concretar así: la ciencia se desarrolla en el marco de hipótesis, a veces espontáneas y no fundamentadas –tal vez no fundamentables– por la reflexión filosófica. Pero esas hipótesis son necesarias a la ciencia: constituyen su forma de actuar.

Más aún, hipótesis que parecen adecuadas para explicar tal dominio natural, como lo físico-inerte, no lo parecen tanto para explicar la materia viva, o la conducta humana o social; e hipótesis que han sido aceptadas en unas épocas, no lo son en otras. El desarrollo de la ciencia está ligado al desarrollo de las hipótesis. Lo efímero de éstas, como prueba el hecho del inacabable debate filosófico, garantiza el progreso de aquéllas. Por lo tanto, la actitud razonable parece ser aquella que, por un lado, renuncia a aferrarse perezosamente a una hipótesis, en actitud fanática, acarreado la paralización de la ciencia; por



Museo Carnavalet, París (Fot. C. Bevilacqua-Alisa)



Biblioteca Nacional, París (Fot. Alisa)

En la ilustración superior, retrato del científico y filósofo francés D'Alembert y, debajo, comienzo de su Tratado del equilibrio y del movimiento de los fluidos (1744). D'Alembert, más que como filósofo, es importante como científico y, sobre todo, como director de la Enciclopedia junto con Diderot. Éste, en su Sueño de D'Alembert, insiste en un materialismo biológico que recuerda a D'Alembert: «¡Pobres filósofos! Dejad a un lado vuestros individuos. Respondedme: ¿No reconocéis que todo se sostiene en la naturaleza y que es imposible que haya un salto en la cadena? ¿Qué queréis, pues, decir con vuestros individuos? No los hay, no, no los hay. No hay más que un solo gran individuo: es el todo.»

otro, y habiendo ya renunciado a la fundamentación absoluta, aquella que, aceptando toda hipótesis como provisional, se esfuerza por vencer la natural tendencia humana a creer a base de buscar experiencias y razones que, falsando la hipótesis, estimulen y fuercen la búsqueda de otra.

**Lo importante es la acción creadora, no el producto**

Esa actitud es la que resume a Diderot. Una naturaleza infinitamente creadora no se deja cazar en una teoría fija; pero el pensamiento científico es búsqueda de la unidad, de la reducción de lo diverso y móvil a unidad estable. El conocimiento es, en el fondo, lucha por conquistar lo imposible: pero lucha que, como la danza y la esgrima, tiene su belleza y su satisfacción en el mero ejercicio, no en el resultado; en la caza, no en la presa conseguida. Amar la ciencia es amar el movimiento creador del espíritu, sin aspirar a un fin del recorrido.

Somos conscientes de que dejamos de lado aspectos esenciales del pensamiento de Diderot, como la estética, la política, etc. Actualmente, obras como los Salones, La religiosa, Paradoja del comediante o El sobrino de Rameau son muy estudiadas. Pero en todas ellas, aparte del tema y la posición concreta de Diderot, aparece esta misma tendencia: Diderot ensaya, juega o experimenta. ¿No es Jacques el fatalista una prueba de si es posible pensar el determinismo físico y moral? [Texto n.º 5.] ¿No es acaso El sobrino de Rameau un debate sobre el genio? Más que emitir un mensaje, es una puesta en escena de unas situaciones y opciones posibles, fiel a la idea de que si el arte debe imitar a la naturaleza no es fijando sus formas sino imaginando nuevas formas posibles, infinitas formas posibles controladas sólo por el criterio de que sean racionales. En definitiva, debe imitar no sus productos, sino su acción creadora. Sólo en sus textos políticos dejará la imaginación para montar un discurso de gran fuerza crítica [ver texto n.º 6].

**José Manuel Bermudo**  
Profesor de historia de la filosofía en la Universidad de Barcelona

## TEXTOS DE DIDEROT

### 1. El trabajo de un director de enciclopedia

«En primer lugar, examino si la cosa puede ser hecha mejor por mí que por otro, y la hago. Si tengo la menor sospecha de que puede ser hecha mejor por otro que por mí, a pesar de alguna ventaja que pueda hallar en ella, se la envío, puesto que lo importante no es que yo la haga, sino que se haga.

»Cuando he tomado mi decisión, pienso, en mi casa, durante el día, de noche, en sociedad, por las calles, paseándome; mi tarea me persigue.

»Sobre mi mesa de trabajo tengo una gran hoja de papel sobre la cual anoto un resumen de mis pensamientos, sin orden, tal como vienen.

»Cuando mi cabeza está agotada, descanso, doy a las ideas tiempo de echar brotes; es lo que alguna vez he llamado su segunda siega, metáfora tomada de uno de los trabajos del campo.

»Una vez hecho esto, tomo esos resúmenes de ideas tumultuosas y deshilvanadas, y los ordeno, numerándolos algunas veces.

»Cuando he llegado ahí, puedo decir que mi obra está acabada.» (Carta a Catalina de Rusia.)

### 2. El ciego que necesitaba tocar a Dios

«Cuando estaba a punto de morir, fue llamado junto a él un ministro muy hábil, M. Gervais Holmes; ambos mantuvieron una conversación sobre la existencia de Dios, de la cual nos quedan algunos fragmentos que os traduciré de la mejor manera que sepa, puesto que valen mucho la pena. El ministro empezó por objetarle las maravillas de la naturaleza:

»—Alto, señor —le dijo el filósofo ciego—, idejad a un lado todo este bello espectáculo que nunca ha sido hecho para mí! Yo me he visto condenado a pasar mi vida en las tinieblas, y vos me habláis de prodigios que yo no entiendo en absoluto y que sólo demuestran algo para vos y para los que ven como vos. Si queréis que yo crea en Dios, es preciso que me lo hagáis tocar.

»—Señor —respondió el ministro—, llevad las manos sobre vos mismo, y hallaréis a la divinidad en el admirable mecanismo de vuestros órganos.



(Fot. Archivo Orbis)

Arriba, dos obras de Diderot en ediciones modernas (las obras de Diderot se siguen editando con grandes tiradas, hasta en libros de bolsillo):

El sobrino de Rameau y Jacques, el fatalista.

La primera se publicó antes en alemán que en francés, traducida por Goethe (1805), y es un diálogo entre Diderot y el sobrino del compositor Rameau, un bohemio que sabe literatura y filosofía pero ávido y sin escrúpulos, que defiende un amoralismo anárquico, que es cínico y provocador... y en el cual es posible que el severo director de la Enciclopedia haya querido encarnar un aspecto de su personalidad quizá más atractivo y natural. La segunda es un diálogo entre el amoral Jacques (que «no conocía el nombre de vicio ni el de virtud») y su señor durante un viaje. «A menudo era inconsecuente como vos y como yo, y propenso a obviar sus principios.» Cuando ocurría algo malo, decía: «Era preciso que esto ocurriese, porque estaba escrito allá arriba.» Obedecía al destino.



(Fot. Archivo Orbis)

»—Señor Holmes, os repito que esto no es tan hermoso para mí como para vos... Cuando a nuestro parecer un fenómeno está por encima de las fuerzas del hombre, decimos en seguida: esto es obra de un Dios. Nuestra vanidad no se contenta con menos. ¿No podríamos poner en nuestros razonamientos un poco menos de orgullo y un poco más de filosofía? Si la naturaleza nos ofrece un nudo difícil de desatar, dejémosle por lo que es; y no empleemos para cortarlo la mano de un ser que se convierte en un nuevo nudo más indisoluble que el primero.» (Carta sobre los ciegos.)

### 3. El mundo, un orden momentáneo

«Yo conjeturo, pues, que, en el comienzo, cuando la materia en fermentación hacía surgir el universo, mis semejantes eran muy comunes. Pero, ¿por qué no afirmaría de los mundos lo que creo de los animales? ¡Cuántos mundos defectuosos, malogrados, se han disipado, se rehacen y se disipan tal vez a cada instante, en esos espacios alejados, que yo no toco y a los que vos no veis, pero en los que el movimiento continúa y continuará combinando masas de materias, hasta que hayan obtenido alguna combinación en la que puedan perseverar! ¡Oh, filósofos, trasladaos conmigo a los confines de este universo, más allá del punto que yo toco y donde vosotros veis seres organizados; transitad por este nuevo océano, y buscad a través de sus agitaciones irregulares algunos vestigios de este ser inteligente cuya sabiduría admiráis aquí!



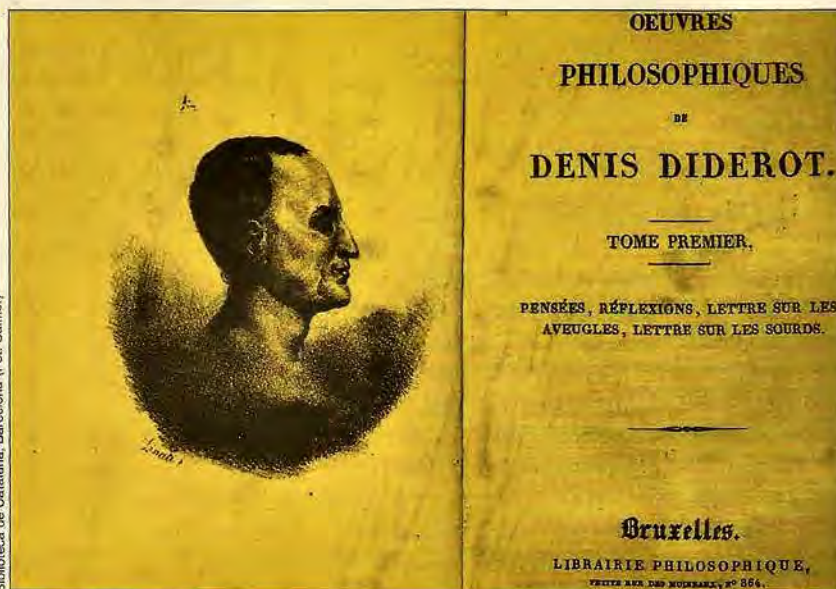
»Pero, ¿para qué sacaros de vuestro elemento? ¿Qué es este mundo, señor Holmes? Un compuesto sujeto a revoluciones que indican todas una tendencia continua a la destrucción; una rápida sucesión de seres que se persiguen, se empujan y desaparecen; una simetría transitoria; un orden momentáneo.» (Sueño de D'Alembert.)

## 4. Un materialismo de corte biológico

«Todos los seres circulan los unos en los otros, por consiguiente todas las especies... Todo es un flujo perpetuo... Todo animal es más o menos hombre; todo mineral es más o menos planta; toda planta es más o menos animal. No hay nada preciso en la naturaleza. (...) Toda cosa es más o menos una cosa cualquiera, más o menos tierra, más o menos agua, más o menos aire, más o menos fuego; más o menos de un reino o de otro... pues nada es de la esencia de un ser particular. (...) ¡Oh, Arquitas! Vos, que habéis medido el globo, ¿qué sois? Un poco de ceniza... ¿Qué es un ser? La suma de un cierto número de tendencias... ¿Acaso puedo ser algo más que una tendencia?... No, yo me dirijo hacia un final... ¿Y las especies?... Las especies no son más que tendencias con un término común que les es propio... ¿Y la vida? La vida, una serie de acciones y de reacciones... Vivo, actúo y reacciono en masa... muerto, actúo y reacciono en moléculas... ¿Entonces, no muero?... No, sin duda, no muero en este sentido, ni yo ni sea lo que sea... Nacer, vivir y desaparecer es cambiar de formas.» (Sueño de D'Alembert.)

## 5. Nuestro destino está escrito

«Jacques no conocía ni el nombre de vicio ni el nombre de virtud; pretendía que se había nacido feliz o desgraciado. Se encogía de hombros cuando oía pronunciar las palabras recompensa o castigo. Según él, la recompensa era el estímulo de los buenos; el castigo, el terror de los malos. «¿Cómo puede ser otra cosa —decía—, si no existe la libertad, y nuestro destino está escrito allá arriba?» Creía que un hombre se encaminaba tan necesariamente a la gloria o a la ignominia como una bola que tuviese conciencia de sí mis-



Frontispicio de una edición belga de 1829 de las Obras filosóficas de Diderot.

En algunas de sus páginas, Diderot se revela a sí mismo sorprendentemente moderno.

Así ocurre, por ejemplo, al criticar la dureza del trabajo: «Hay muchas situaciones en la sociedad que agotan la fatiga, que consumen prontamente las fuerzas y que abrevian la vida, y sea cual sea el salario que concedéis al trabajo, no impediréis ni la frecuencia ni la justicia de la queja del obrero.

¿Habéis pensado jamás a cuántos desdichados la explotación de las minas, la preparación de la cal de albayalde, el transporte de maderas en almadías, el cuidado de las fosas, causan espantosas enfermedades y dan muerte? Sólo los horrores de la miseria y el embrutecimiento pueden llevar al hombre a realizar esta clase de trabajo.

¡Ah, Jean-Jacques, qué mal habéis defendido la causa del estado salvaje contra el estado social! Sí, el apetito del rico no difiere mucho del del pobre.»

ma sigue la pendiente de una montaña; y que, si el encadenamiento de las causas y de los efectos que forman la vida de un hombre desde el primer momento de su nacimiento hasta su último suspiro nos fuese conocido, nos convenceríamos de que el hombre no ha hecho más que lo que era necesario que hiciese. (...) La distinción entre un mundo físico y un mundo moral le parecía carente de sentido. Su capitán le había atiborrado la cabeza de todas esas opiniones que había sacado de su Spinoza, que se sabía de memoria.» (Jacques el fatalista.)

## 6. El trabajo del obrero

«Todas las clases de trabajo alivian igualmente el aburrimiento, pero no son todos iguales. No me gustan en absoluto los que llevan rápidamente a la vejez, y éstos ni son los menos útiles, ni los menos comunes, ni los mejor recompensados. Es tan grande la fatiga, que el obrero es mucho más sensible al término del trabajo que a las ventajas del salario; no es su recompensa, es la dureza y duración de su tarea lo que le ocupa durante toda su jornada. Las palabras que se le escapan cuando la caída de la tarde le quita la azada de las manos no son: «Voy a cobrar, entonces.» Son: «Ya estoy libre por hoy.» ¿Y creéis que cuando está de regreso en su casa, tiene ganas de echarse en brazos de su mujer? ¿Creéis que es tan ardiente como un ocioso entre los brazos de su amante? Casi todos los hijos de los peones se han hecho en la mañana de un domingo o de un día de fiesta.» (Oeuvres complètes, II, p. 427.)

